



# Me llamo Ka

Daniel Hernández Chambers

Ilustraciones de Inma Almansa



algar

# 1

Mi madre suele trabajar más horas que un reloj. Lo hace en diferentes lugares: aquí de dependienta, allí de limpiadora, allá de no-sé-qué. Se llama Lucía. De mi padre no conozco nada, ni su nombre, ni su cara, ni el tono de su voz. Ya casi nunca pienso en él. Yo me llamo Ka. *K* mayúscula, *a* minúscula. Conozco a un fantasma y a un superhéroe. Uno de mis mejores amigos es un perro sin raza que tiene una pata de palo. Se llama Capitán Ahab. Luego me di cuenta de que me había equivocado al escogerle el nombre: le habría ido mejor Long John Silver, pero me hice un lío entre un personaje y otro, y a Capitán Ahab parecía gustarle su nombre, así que no habría estado bien cambiárselo.

Vivimos en las afueras. Cruzando el puente rojo y después a la derecha hasta el final del todo, junto a las antiguas vías del tren y la vieja estación. Más allá hay una serie de montañas falsas. Digo «falsas»

porque no son naturales, sino que están hechas de escombros. Durante semanas enteras estuvieron viniendo camiones por un camino de tierra y volcaron allí ladrillos rotos, fragmentos de paredes, tejas y trozos de tuberías de hormigón.

Detrás de las montañas de mentira está el bosque del Tótem. Yo lo llamo «bosque», pero es poco más que una arboleda.

Mamá dice que nuestra casa parece una de las de *Melrose Place*, que es una serie de televisión que ella veía de pequeña y que recuerda que era muy bonita. La casa está adosada a toda una hilera de casas idénticas, de dos plantas. La urbanización, que se llama Los girasoles, hace una especie de L mayúscula, con una piscina en forma de ocho que lleva años vacía. Solo cuando hay tormenta, aparece en su interior una charca, que enseguida se ensucia y se convierte en un criadero de mosquitos enormes como dragones. Al otro lado de la piscina hay lo que en la antigüedad remota era un jardín con bancos para sentarse y columpios, y ahora parece una de esas imágenes que sacan en la tele después de un huracán.

Las casas que están a la derecha y a la izquierda de la nuestra, pared con pared, llevan años vacías, así que a veces se nos cuela un roedor tan pequeño que parece una de esas pelusas de polvo que siempre escapan de la escoba. Mamá dice que no llega a ser ratón, que es musaraña. Un día lo intenté atrapar, pero no hubo

manera. Seguro que hay algún agujero por el que se escabulle y pasa de una casa a la otra, porque a veces lo vemos varios días seguidos y luego desaparece durante meses. A lo mejor se esconde a hibernar. ¿Hibernan las musarañas?

En toda la urbanización solo quedan diez o doce viviendas ocupadas, por eso a nadie le preocupa la piscina ni el jardín ni nada.

Por las mañanas, los días que trabaja, mamá se suele ir temprano. Entonces me deja un vaso en la mesa de la cocina, con el bote de colacao y la caja de galletas. Solo tengo que servirme la leche, llenar una cuchara hasta los topes con el colacao y hundirla. Eso me gusta hacerlo despacio, ver cómo la leche toca el polvillo y la humedad va oscureciéndolo poco a poco hacia arriba. Imagino un barco que se va a pique. Me puedo pasar cinco minutos de reloj removiendo con la cuchara, los ojos fijos en el remolino, y siempre quedan grumos. Los recojo con una galleta y me los zampo. Es uno de los mejores momentos del día.

Después me visto y salgo con mi libreta, esta libreta, y ahí ya depende. Hay cosas que no varían, como que, en cuanto abro la puerta, Capitán Ahab me ve desde su refugio en el jardín-que-ya-no-es-jardín y viene a darme los buenos días. Creo que duerme con un ojo abierto para ver cuándo salgo. Si el señor Savic ya está despierto y ha sacado su silla a la balconada, nos saludamos y a veces conversamos un rato largo.

Si no lo veo, bajo y Capitán Ahab se viene conmigo a recorrer el mundo. Nuestro mundo.

Vamos a la estación abandonada.

O al bosque del Tótem.

O a la tienda de doña Margarita, que a veces me deja sentarme ante la caja registradora y atender a los clientes. Se fía de mí y, cuando me voy, me regala un euro o una palmera de chocolate, si no se han agotado.

Otras veces vamos a la plazoleta o, si no me apetece caminar, nos quedamos en las escaleras de la piscina y me pongo a escribir mientras Capitán Ahab se hace un ovillo entre mis pies, con la pata de palo extendida siempre a un lado.

Mi madre tiene un nuevo novio desde hace unos meses. Creo que no sabe estar sola. Y supongo que a mí no me considera compañía suficiente.

Se llama Hugo y trabaja en un taller de motos.

Yo lo llamo MendrHugo.

Mamá es muy guapa. O lo era hace años, más que ahora. Por las fotos que guarda en una caja de botas camperas, se puede pensar que iba para modelo antes de cumplir los veinte años. Luego los cumplió, conoció a mi padre, me tuvo a mí, él se fue y ella tuvo que buscar trabajos que no creo que las modelos de las revistas hagan nunca.

Tiene alergia a los animales domésticos. Dice que a todos: a los gatos, a los perros e incluso a los canarios y a los periquitos, y a cualquiera que se te pueda ocurrir.



Por eso Capitán Ahab no vive con nosotras en casa, sino en el jardín-que-ya-no-es-jardín.

A él, a Capitán Ahab, lo encontré una tarde de lluvia. Corrí a meterme bajo uno de los vagones abandonados de la estación para no empaparme, y allí estaba él, calado ya hasta los huesos, tiritando de frío, con su pata de palo, que yo pensé al principio que era solo un simple palo que había encontrado para roer a falta de hueso. No puedo saber cómo perdió su pata ni quién tuvo la idea de cambiársela por un trozo de madera pintado de blanco, pero Capitán Ahab camina y corre casi como cualquier otro perro, o eso me parece a mí.

Debajo del vagón compartí con él mi bocadillo de sobrasada. No estaba segura de que fuera a gustarle, pero se lo comió como si fuera un manjar de dioses.

Me puse a hablarle como si pudiera entenderme. Mamá dice que no haga eso, que parezco una niña loca cuando me pongo a hablar con los perros del barrio o con los monigotes dibujados en las cajas de cereales, pero yo creo que a los perros les gusta que les hablen. Lo que le pasa a ella es que no soporta a ninguna clase de animal.

Igual Capitán Ahab no se entera de lo que le digo, pero me mira como si lo hiciera. Bajo el vagón abandonado me observó todo el rato fijamente; solo apartó sus ojillos de mí para concentrarse un momento en el bocadillo de sobrasada y, después, mientras se

relamía, volvió a mirarme como si solo existiéramos él y yo en todo el universo. Ni el vagón, ni la lluvia, ni el barrio, ni la ciudad entera, ni Europa, ni Marte, ni esa estrella que creo que se llama Sirio y que es la que más brilla en el cielo. Solo él y yo.

Imaginé que se habría perdido, pero no llevaba collar ni chapa. Hay gente que abandona a sus perros cuando se cansa de ellos o se va de vacaciones, y hay perros que se pierden. El caso es que Capitán Ahab y yo pasamos una hora juntos bajo el vagón, rodeados por el estallido de la lluvia contra el suelo. Cuando paró, ya me daba pena dejarlo allí solo, pero tampoco podía llevarlo a casa. Al final se me ocurrió decirle que al día siguiente volvería y que, si él seguía por allí, podríamos jugar juntos.

Desde el agujero de la valla me volví para mirar y él no me quitaba los ojos de encima.

Pensé que no estaría allí, pero sí estaba. Otra vez compartimos mi bocadillo, le conté alguna de mis historias y, ese día, cuando me fui a casa, él me siguió.

Le dije que no lo hiciera, pero supongo que no insistí demasiado.

Eso sí, le dejé claro que no podía dejarle entrar en casa, así que, cuando llegamos, lo acompañé al viejo jardín de la prehistoria de la urbanización y le preparé una especie de caseta en uno de los bancos. No confiaba mucho en que fuera a gustarle la idea, pero enseguida se subió y se sentó. Fui a casa a por un par de mantas,

las dos más viejas y feas que encontré, para que mamá no las echase en falta. Una se la puse a modo de colchón y la otra de tejado, por si llovía otra vez.

Desde entonces vive ahí y siempre viene conmigo a todas partes. Por eso lo considero uno de mis mejores amigos, porque, vaya donde vaya, sé que estará conmigo. Eso es lo que hacen los amigos.

El tercer día decidí que sería mejor ponerle un nombre, y fue cuando me equivoqué de personaje y de libro y lo llamé Capitán Ahab y le gustó.

A Miqui le dije que soy la mejor amiga del Capitán Ahab y se echó a reír.

El señor Savic es otro de mis amigos. Mi madre lo saluda si lo ve, pero no sabe nada de él. Yo sí.

Al señor Savic le gusta hablar tanto como a mí, y le encanta que le cuente alguna de mis historias. Eso dice. A mí me gustan las suyas, así que las intercambiamos. Siempre me han atraído las historias de miedo, y algunas de las del señor Savic me ponen los pelos de punta.

Ve la vida pasar desde su silla en la balconada. Se sienta allí desde por la mañana y mira a los vecinos, la piscina sin agua y el jardín-sin-jardín. Solo a veces se levanta y va a hacer la compra, y otras veces suena su teléfono móvil y habla un buen rato en su idioma. Cuando lo hace, no consigo entender ni una palabra. Es el idioma de un país que ya no existe, dice. A mí antes jamás se me había ocurrido pensar que un país pudiera dejar de existir.

De joven era campesino, allá en su país (ese país que no existe, que, para encontrarlo, tienes que buscarlo en un atlas de los antiguos, eso asegura). Luego tuvo un golpe de buena suerte y pudo tener su propia granja, una pequeñita, pero que le valía para que a nadie de su familia le faltase comida. Incluso le sobraba una parte de la cosecha para venderla o cambiarla por otra cosa. Después tuvo un golpe de mala suerte y se hizo soldado. A la fuerza y de un día para otro.

Perdió a su familia, su pequeña granja y hasta las ganas de comer. Y se transformó, dice, en un aprendiz de asesino. Por eso le digo a Miqui que tengo un amigo que es un asesino. Bueno, que lo fue, porque ahora el señor Savic ya no es eso. Ahora parece de esas personas incapaces de matar una mosca.

No me da ningún miedo. Al contrario, me gusta sentarme con él y conversar. Además, aunque primero fue aprendiz de asesino, luego fue héroe.

Me cuenta historias de cuando su país todavía existía, leyendas y otras cosas, y yo a cambio le cuento mis aventuras en el bosque del Tótem.

Allí, en el bosque, nos ocurren todo tipo de cosas a Miqui, a Capitán Ahab y a mí. Antes se las contaba a mamá, pero enseguida me di cuenta de que a ella no le interesaban, solo fingía que me escuchaba, pero a veces a mitad de una de mis historias encendía la tele o se levantaba y se iba sin más a la cocina a preparar la cena. Ni siquiera oía mi voz. Un día incluso se durmió en

el sofá mientras yo le contaba cómo Miqui y yo habíamos escapado, por los pelos, de un centauro que nos acusaba de haber robado la corona de su rey. Capitán Ahab tuvo mucho que ver en que consiguiéramos salvarnos, se lanzó a morder las patas del centauro como si no conociera el miedo. Pero esa parte no llegué a contársela, porque para entonces mamá ya había cerrado los ojos y había empezado a roncar bajito. Dice que, cuando ronca, es que se ha quedado dormida en una posición incómoda, no por los cigarrillos. Yo creo que más bien es por las dos cosas.

Una vez intenté vaciarle los cigarrillos, sacarles el tabaco, no del todo, solo un poco, porque fuma mucho, pero es superdifícil y me dio miedo que se diera cuenta y se enfadase conmigo.

Al señor Savic sí le gustan mis historias del bosque. Pocas veces me interrumpe y, cuando lo hace, es para preguntarme algo que no le ha quedado claro. Por ejemplo, ¿dónde viven exactamente los centauros? ¿Y los tremolianos? ¿Y cómo era la corona de ese rey centauro? ¿De oro o de otro material precioso? Es de madera, la corona es de madera, está hecha con la cornamenta de un ciervo. Es preciosa. Pero Miqui y yo no la robamos. Solo nos la encontramos. No es lo mismo.

También le interesaron mucho los tremolianos. Quería saber cómo son y, cuando se los describí (de barro y hojas secas, con peste a pantano y a animales muertos), me confesó que, donde vivía antes, en el

país-que-ya-no-es-un-país, vivían unas criaturas muy parecidas, solo que las llamaban de otra manera. Dice que con la guerra desaparecieron, no sabe si porque murieron, se escondieron en cuevas bajo tierra o se marcharon a otra parte.

Yo también me marcharía a otra parte si hubiera una guerra aquí.

A Miqui le dan miedo los tremolianos, pero se hace el valiente, aunque yo se lo noto. El señor Savic sonrió cuando se lo conté.

—Los chicos siempre intentan hacerse los valientes, sobre todo delante de las chicas, y más aún si es delante de una chica que les gusta.

Soltó eso y me miró de reojo al decirlo, como si me estuviera contando un secreto.

Le contesté que yo a Miqui no le gusto y me respondió: «Ah, vale».

Mi madre tiene un ojo morado, otra vez. Da igual la cantidad de maquillaje que se ponga, se le nota. Ya ni le pregunto, así no tiene que esforzarse en inventar una historia absurda para explicar cómo se lo ha hecho.

El bosque del Tótem no es un bosque, ya lo he dicho antes. Solo una arboleda grande. No sé cuántos árboles hacen falta para ser un bosque. Y tampoco hay

un tótem en su corazón. Sé lo que es un tótem, un elemento que sirve como símbolo para algunas tribus. Lo he buscado en el diccionario. Puede ser también un animal. En el bosque del Tótem lo que hay es un árbol muerto con un tronco gigantesco en el que desde hace años la gente ha dejado grabada parte de la historia del barrio a punta de navaja.



Me pregunto si será la Margarita que yo conozco, la de la tienda.

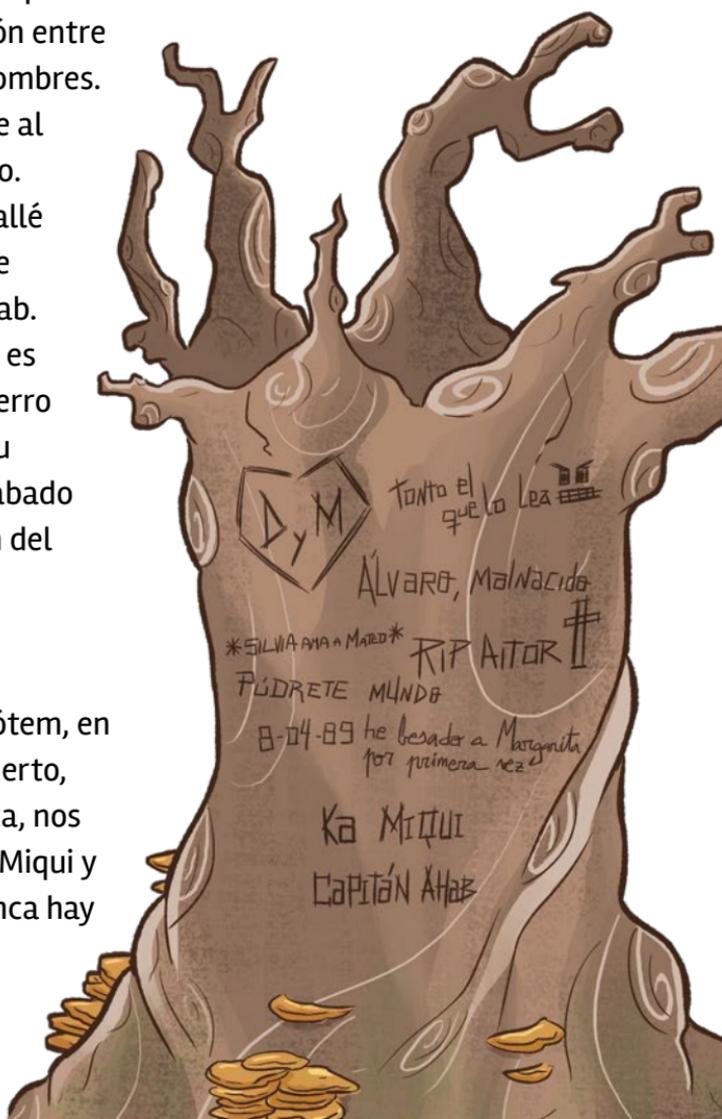
Yo también grabé mi nombre un día. Tomé un cuchillo con punta de la cocina y escribí en la corteza «Ka». K mayúscula, a minúscula. Mi madre me puso Karla, así, con k, porque pensó que era original. Yo prefiero reducirlo a Ka.

Eso sí es original.

Más tarde, otro día distinto, añadí el nombre de Miqui y le saqué una sonrisa. Pero sin corazoncito ni conjunción entre nuestros nombres. Solo lo puse al lado del mío.

Luego tallé debajo el de Capitán Ahab. Seguro que es el primer perro que tiene su nombre grabado en el tótem del bosque.

Allí, en el tótem, en el árbol muerto, bueno, cerca, nos conocimos Miqui y yo. Casi nunca hay



nadie en el bosque, queda demasiado lejos del barrio. Hay que cruzar la estación, o rodearla, y atravesar las montañas falsas. Eso es bueno; así, Miqui, Capitán Ahab y yo tenemos el bosque para nosotros solos. A veces se presenta un grupo de chicos y chicas mayores para montar una fiesta con cerveza. Entonces nosotros nos escondemos y los vigilamos hasta que se van. El resto del tiempo el bosque es solo para nosotros.

Nuestro reino particular.

Una tarde intenté contar cuántos árboles hay, pero perdí la cuenta por culpa de Miqui, que no paraba de hablar. Así que me enfadé con él y me largué sin decirle adiós.

En casa me arrepentí y me asusté pensando que quizá Miqui no volvería más al reino. Pero sí lo hizo. La tarde siguiente estaba allí, sentado en la hierba bajo el tótem. Se puso en pie en cuanto me vio y vino hacia mí como todos los días que nos vemos; no dijo nada sobre mi enfado del día anterior y yo preferí no hacerlo tampoco.